

pectos. Id, mis buenos amigos; tiempo tendréis para batiros, pero no contra nosotros, que quisiéramos poder ponernos de vuestro lado. Adiós otra vez, y recordad que en tanto que permanezcáis en la ciudad, tendré verdadero placer en veros. Adiós.

—¡Ah!—agregó á media voz cuando comenzábamos á bajar la escalera:—os recomiendo la mayor prudencia: hay aquí antiguos oficiales mexicanos que sirvieron en las filas contrarias en la última guerra civil y ahora se han aliado á nosotros, y juzgo que su vista os ha de causar indignación.<sup>1</sup>

Cuando nos encontramos en la calle, convenimos todos en que el Señor Coronel Menduiña era, como soldado, un arrogante y simpático militar, y como particular, el tipo del perfecto caballero.

Por mi parte confieso que siempre le guardé cariño y respeto á aquel anciano, por la deferencia que tuvo para conmigo en dos ó tres veces que lo traté, y por las proféticas palabras que pronunció al despedirse de nosotros en el Palacio Municipal de Veracruz.

<sup>1</sup> A pesar de esta recomendación, el Capitán Roiz abofeteó al siguiente día á un ex-oficial de apellido Ferró, y el que esto escribe dió una paliza á otro que venía en un cuerpo de traidores que estaba levantando un tal López que se decía ser Coronel.

## ALVARADO.

Formación y permanencia de un cuerpo de tropas.—Llegada de algunos oficiales de la 1ª y 2ª División.—Trátase de establecer un campo de observación en Medellín.—Acepta la idea el Coronel en Jefe Larragoiti.—Se ponen los medios para llevarla á cabo.—Uno de los encargados hace traición.—Acontecimientos posteriores.—Traición del capitán Aldana.—Sublevaciones.—Arribo y fallecimiento del comandante Militar de Tlalixcóyam.—Situación difícil de las tropas en Alvarado.—Deserciones en masa.—Relevo del Teniente Coronel Larragoiti por el Coronel Mariano Lazcano.—Noticias alarmantes.—Defección de la Guardia Nacional de Alvarado.—Abandono de esta plaza por las tropas del Gobierno.—La ocupan los intervencionistas.

### I

EL día 5 de Octubre de 1862, en las primeras horas de la mañana, cuando el sol deja apenas adivinar sus rayos en Oriente, en una habitación de la casa á espaldas de la conocida con el nombre de "la Máquina," en Alvarado, un oficial, un Capitán, lo diremos de una vez, sostenía animada conversación con una mujer, al parecer sirvienta, que de pie delante de una mesa donde aplanchaba ropa, sin dejar su quehacer, escuchaba atenta lo que aquel la decía.

—Bueno, Marciala:—concluyó el Capitán como última expresión de su discurso—ya sabes que no tengo más que dos camisas blancas útiles para el servicio; la que traigo encima y la que tú tienes lavando: así, pues, te encargo mucho que me la alistes temprano lo mismo que el pantalón, pues aun-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA D. I.

que al *embalse* y al *encierro* iré de medio uniforme, lo que es al baile quiero asistir de *paisano*.

La nombrada Marciala se contentó con hacer un movimiento de hombros por toda contestación, como quien dice "allá veremos," y el Capitán dió media vuelta para entrarse á la sala.

—Mi Capitán,—le dijo un hombrachón medio soldado, medio paisano, que desempeñaba las funciones de *asistente*—ahí está el Comandante Güido que trae un pliego para vd.

—Pues que éntre luego, seo necio: no ha debido esperar un momento.

El titulado Comandante entró y entregando al Capitán un pliego cerrado:

—Del Coronel:—dijo—lee su contenido y ponte inmediatamente en marcha.

El Comandante Güido desempeñaba las funciones de Jefe del Estado Mayor.

—¿En marcha?—interrogó el primero, haciendo un movimiento mitad de sorpresa, mitad de desagrado, como si presintiera que aquel pliego lo alejaba absolutamente del baile de que había hablado á Marciala.—¿Pues qué ha pasado de anoche acá? Paréceme que el *nuevo jefe* viene á que desquitemos en marchas y aperreos el tiempo que hemos tenido de verdadera holganza.

—Tal creo, chico:—respondió el segundo con la mayor calma—sólo te diré que hace dos horas llegaron de incógnito dos personajes del rumbo de Acayúcam, que se encerraron con *el tío*; que luego hizo que me despertaran, y ¡zas! á escribir como si fuera medio día; y, por último, al entregarme ese pliego para tí, me dijo que te avisara que ya estaba una falúa en el embarcadero esperándote, y que no demoras más tiempo que el necesario para embarcar tu equipo y montura. Así, pues, abre el pliego para que salgas de dudas.—¡Ah!—continuó tras una breve pausa—se me figura que los que han venido á *meter la mosca*, vienen de escape.

El capitán abrió el pliego de una manera violenta, arrugó el entrecejo después de haberlo leído, y clavó la mirada en otro pliego que le acompañaban, perfectamente cerrado y lacrado, como si quisiera adivinar su contenido á través de la cubierta. Ahogó un suspiro de melancolía, y exclamó con voz segura:

—¡Toma! ¡Pues me gusta! ¡Se me figura que voy á tener una vida divertida! ¡En fin..... es igual! Me disponía á bailar esta noche, y ahora salimos con que estoy de viaje, sin saber cuál sea el punto final de mi destino.

—De momento, á Tlacotálpam.....

—¿Y de ahí? Esto es lo que no sabré hasta que me presente al Comandante Militar de ese punto. ¡Vaya en gracia y venga más!—agregó después de doblar el primer pliego y guardarse ambos en el bolsillo de la chaqueta.—¡Eh, Prudencio! ¡Mi maletín y la montura! Avisa al tío Ramón que lo abandono no sé por cuanto tiempo, y lleva todo al embarcadero.

—¿Y los caballos, mi Capitán?

—Allá nos los darán.

El tío Ramón era un viejo español, antiguo vecino de Alvarado, y casado con una hija de la población, tan rudo de palabras como fino y benévolo en sus hechos: tenía alojados en su casa á varios oficiales de la Sección de Sotavento, á quienes estimaba con todas veras, llevando su cariño hacia ellos hasta el grado de no cobrarles sino lo estrictamente necesario por todo gasto diario: atendidas las circunstancias por que atravesaban, la cuota de cada uno era la de cincuenta centavos por todo gasto.

Prudencio desapareció inmediatamente. El capitán registró con toda escrupulosidad los bolsillos de sus pantalones, chaleco y chaqueta, y dirigiéndose al Comandante con un movimiento de dedos muy significativo:

—¿Y no te dijo nada de recursos, de dineros?—preguntó seriamente.—Lo que es yo sólo tengo en estos momentos diez reales.....

—¡No!—contestó lacónicamente el interrogado sin dejar que concluyera la pregunta su interlocutor.

Y ambos se dirigieron al río después de haber dado sus instrucciones á Marciala el contrariado Capitán.

En efecto, á estribor del pailebot "Huracán," y atracado al muelle, se balanceaba suavemente una esbelta falúa ya entoldada, y dispuestos los bogas á salir del río. Nuestro Capitán saltó ligeramente adentro, yendo á empuñar la caña del timón, y tras él Prudencio que tomó un remo que estaba en la *dama*, esperando quien se hiciera cargo de él.

—¡Buenos días, muchachos!—dijo con tono festivo á los bogas.—Para nosotros no hay fiesta. ¡Ea, Cuello, desatraca, y en marcha para la perla del Papaloápam, que tan inesperadamente voy á conocer!

Se ejecutó la maniobra: la falúa se deslizó á lo largo del bauprés del "Huracán," ganó terreno, y corrido á babor, pronto comenzó á surcar las tranquilas aguas de ese magnífico río que, bifurcándose en dos majestuosos canales, va á regar las márgenes de las poblaciones y rancherías que en todo su curso se extienden y toman asiento.

—¡Joaquín!—vociferó el Capitán ya á bastante distancia para poder ser oído.—¡Si hay *reparto*, guárdame lo que me toca!

El Comandante oyó ó no oyó la recomendación, pero hubo de adivinarla seguramente, puesto que al internarse en las calle murmuró entre dientes:

—Se me figura que respecto de alcances, no hay mus.....

## II

Retrocedamos ántes de proseguir nuestra relación.

Los ecos de las dianas con que fueron saludados los vencedores en la memorable jornada del 5 de Mayo de 1862 repercutieron más allá de las fronteras de la República, y si en todos los ámbitos de ésta llenaron de regocijo y de contento á sus

habitantes, dentro del palacio de las Tullerías, en Paris, causó una profunda sorpresa de dolor y de indignación tal, que de momento se trató de guardar el más sigiloso secreto.

Y era natural que así sucediera.

En México la dignidad nacional estaba satisfecha.

En Francia el orgullo de la Nación estaba herido.

Los hijos de México, los buenos hijos de la República, confiando en su valor, en su patriotismo, y sobre todo, en la santa causa que defendían, esperaban, si no triunfar en los muros de Puebla, sí contener el avance del enemigo, ó hacer que éste pasara sobre sus cadáveres antes de llegar á la capital, donde nuevos adalides de la libertad, quizás fueran más felices que ellos. Ni los intimidó el justo renombre que en Europa habían conquistado sus terribles adversarios, ni ménos dudaron ya del éxito, después del primer asalto, en el que, fuerza es decirlo, el enemigo volvió la espalda, derrotado más que material, moralmente.

Era, pues, justo el regocijo.

El autócrata francés, el que tenía dominados pero no contentos á los descendientes de aquellos hombres que fueron el asombro y la admiración del mundo entero: el que por satisfacer su ambición fué perjuro á la patria y no vaciló en derramar sangre inocente el día 2 de Diciembre: el que arrebató la libertad á sus conciudadanos oprimiéndolos, deportándolos y ejerciendo toda clase de iniquidades en ellos: el que restringió la libertad del pensamiento al encadenar la prensa independiente: el que corrompió las costumbres hasta hacer de una Francia republicana una Francia imperial prostituída, sujeta á sus caprichos, á los de su digna consorte y á los de prelados y cortesanos abyectos y envilecidos, preparando así la vergüenza de Sedan, la traición de Metz y los estériles sacrificios de Paris: ese hombre, repito, tuvo un momento de espanto al recibir la fatal noticia, y en su reacción, el odio, la venganza, el despecho y todas las pasiones innobles que cabían en aquel corazón de lodo, vinieron á determinar la

BIBLIOTECA ALFONSO XIII  
UNIVERSIDAD DE BURGOS

sentencia de muerte de la República Mexicana, víctima escogida para saciar la sed de poderío que vino á apagar poco después la burlona sonrisa del Rey Guillermo, al presentársele como humilde prisionero que le entregaba su espada.

Entre los aplausos de serviles instrumentos del monarca, que sofocaban el patriótico acento de Julio Favre y de Thiers, de Gambéta, de Ferry y de Jules Simon, obtuyo de la Representación, por sarcasmo llamada Nacional, que un nuevo cuerpo de ejército viniera, no á vengar la afrenta recibida, sino á recibir el castigo á su desmedida ambición. Y esa bandera, en un tiempo símbolo de la redención de los pueblos oprimidos, llegaba como enseña para aherrojar á un pueblo libre, soberano é independiente; más libre, más soberano é independiente entonces, que el oprimido pueblo francés; y con esa bandera llegaban también los verdugos que debían establecer las funestas *Cortes marciales*, y los asesinos de la talla de Dupin.

Así lo comprendió el Gobierno; así lo comprendieron los representantes del pueblo; así lo comprendieron también muchos de los que tres años antes combatían contra las instituciones democráticas, y que al escuchar los clarines del extranjero invasor, prefirieron al grito de "Religión y Fueros" el de "Patria y libertad."

El Gobierno modificó sus anteriores disposiciones: los Gobernadores de los Estados secundaron patrióticamente sus nobles fines, y en breve tiempo, de Norte á Sur, de Oriente á Poniente, la República toda se había transformado en un vasto campamento militar, donde jóvenes y ancianos se entregaban al ejercicio de las armas para defender el territorio nacional.

### III

La entonces villa de Alvarado, sobre la costa Sur del Estado de Veracruz, que entre sus glorias cuenta la de haber puesto en fuga á la escuadrilla norteamericana en 1847, y al

primer traidor que á principios del de 62 intentó someterla á la Intervención francesa, fué señalada como Cuartel General de las tropas que habían de levantarse para defender esa parte del territorio veracruzano; y á ella ingresaron por orden superior algunos de los jefes y oficiales de la tierra caliente que militaban en el ejército de Oriente. Hijos del propio territorio, fácil les fué propagar el entusiasmo patrio; y bien pronto el festivo ganadero, el sencillo agricultor y el pacífico caletero, abandonaron el remo, el arado ó la garrocha, para empuñar el fusil del patriota y tomar participio en la gran lucha que se preparaba, hasta morir ó vencer: para ser libres y vivir cabe la ergástula del esclavo.

Minatitlán, Acayúcam, los Tuxtlas, Cosamaloápam, el mismo Alvarado y Tlacotalpam allegaron su contingente de sangre; y al comenzar el mes de Julio, en la espaciosa Plaza de Armas, gentes de todas clases y condiciones presenciaban la primera *Revista de Comisario* que pasaban los noveles guardias nacionales allí reunidos: todos fraternizaban y un solo deseo tenían todos: que llegara el momento de medir sus fuerzas con las del enemigo invasor.....

Desgraciadamente tan patriótico deseo no pudo realizarse, y la ocupación de Alvarado por los franceses fué debida, si no á la traición sí al indiferentismo de la mayor parte de la población, cuyo entusiasmo se apagó al contacto de acontecimientos que no era fácil prever.

Veamos lo que aconteció.

### IV

La elección de los jefes á quienes se encomendara la organización militar y la defensa de ese vasto territorio fué tan inconveniente como antipolítica, y sólo debida á falsos informes ó á sugerencias interesadas pudo el Gobierno designarlos para ocupar tan delicado puesto. Los jefes nombrados, sobre ser de un valor dudoso, y generalmente mal queridos

en toda la costa, eran completamente ineptos para mando tan importante como distinguido; profanos en materia de hacienda, los recursos de las aduanas interiores, única fuente de riqueza con que allí se contaba, se agotaban de una manera escandalosa, sin que se atendiera á lo más indispensable para proporcionar al soldado los medios de defensa; y si á esto se agrega sus ningunas disposiciones para organizar nada, el abandono con que todo lo veían, y la vida disipada á que estaban entregados, se comprenderá fácilmente por qué ya en los primeros días de Septiembre había decaído tanto el ánimo y la actitud belicosa de las pocas tropas que por entonces guarnecían á Alvarado.

Los jefes y oficiales procedentes del ejército de Oriente se avenían mal en aquel servicio desordenado, con aquel desbarajuste hacendario y económico que llegaba al escándalo: obedecían porque eran subordinados, y el deber les imponía la más severa disciplina; pero conocían que sus esfuerzos para mantener el espíritu público eran inútiles, y que en la tropa comenzaba á propagarse la insubordinación. No había pertrechos de guerra suficientes, ni recursos pecuniarios para comprarlos: la confianza en los jefes estaba perdida, y apenas un mal hospital esperaba al pobre soldado que cayera herido. De ahí que la tropa comenzara á decepcionarse, y de ahí también que la masa de la población comenzara á desconfiar y á hacer causa común con los descontentos, viniendo luego la desertión, que llegó á ser escandalosa. Guardias enteras abandonaban el puesto, perdiéndose armas y soldados, protegidos por los malos hijos de Alvarado, que deseaban verse libres de la presión gubernativa que tanto detestaban; y el mismo batallón de infantería formado en la población, llegó á inspirar desconfianza.

Un suceso inesperado y verdaderamente atentatorio vino á agravar más y más la situación de los que, fieles á su bandera y á su deber, procuraban por todos los medios posibles mantener allí el sagrado fuego de la libertad.

Desde que ingresaron al Cuartel General de Alvarado los jefes y oficiales procedentes del ejército de Oriente, queriendo aprovechar el entusiasmo que reinaba en todo el territorio de Sotavento, indicaron al Jefe de esta línea militar lo fácil y conveniente que era ocupar el pueblo de Medellín, á cinco leguas al Sur de Veracruz, como base de operaciones. El Teniente Coronel Larragoiti no dió importancia alguna á este proyecto; pero los iniciadores de la idea, con ánimo de ponerle de manifiesto las ventajas que podían obtenerse, se habían puesto en relaciones con el guerrillero Luis Domínguez y algunas personas influyentes de aquel pueblo y con un comerciante español de Veracruz, D. Francisco Dozal, enteramente adicto á la causa de México, leal y verdaderamente patriota.

De nuevo, y ya de una manera seria, los referidos jefes y oficiales expusieron su plan, haciendo notar á Larragoiti que Medellín reunía las condiciones de seguridad para puesto avanzado; y que dado el caso de tener que emprender una retirada hacia el interior de la costa, no podía menos de ser fatal para las fuerzas que los persiguieran, toda vez que tenían que atravesar por terrenos donde podían ser batidos en detall ventajosamente antes de llegar á "Barra Vieja," donde indudablemente acabarían de ser derrotadas. Además, desde Medellín, tendrían siempre en jaque al enemigo, y en observación y constante alarma á la guarnición de Veracruz, dando lugar á que nuestros guerrilleros extendieran su radio de operaciones, reconociendo como centro el Cuartel de Medellín; y en último caso, de acuerdo con los patriotas de Córdoba, intentar un ataque sobre esta población para aislar á la de Orizaba, que servía de punto de reunión á los franceses. Celebróse una junta reservada para estudiar el proyecto, y debido al influjo que ejercía el entonces Secretario de la Comandancia Principal D. Esteban E. Morales, al fin hubo de aprobarse.

La empresa era tanto más segura de llevarse á cabo, cuan-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE VERACRUZ

to que por entonces no había ni el más remoto temor de que el enemigo intentara ningún movimiento en la costa, ni por mar ni por tierra, porque carecía de fuerzas suficientes para guarnecer debidamente las pocas plazas que ocupaba. La derrota del 5 de Mayo lo había desmoralizado y los sucesos de "Barranca Seca" y del "Borrego" en nada podían aumentar su fuerza material. Además, el fiasco ridículo del titulado Coronel Sánchez Facio en Alvarado y Tlacotalpam, había influido poderosamente en su ánimo, y no se expondría por segunda vez á ser arrojado á pedradas y con unos cuantos tiros de fusil, como sucedió á aquel traidor en las poblaciones mencionadas cuando intentó ocuparlas en nombre del improvisado Gobierno de Almonte, proclamado por un lenón, un presidiario y un jugador, que eran los que primero aparecían en el acta que se levantó para proclamarlo Jefe Supremo de la Nación.

Tropezóse desde luego con la falta de recursos, la escasez de buen armamento, de municiones y de pertrechos, etc., etc.: pero el patriotismo de algunos ricos de Alvarado, á quienes se puso al tanto de lo que se intentaba, hizo que anticiparan los recursos pecuniarios, entre ellos D. Francisco Tejada y D. José M. Zamudio, quienes siempre fueron fieles á la causa de la República.

Inmediatamente, y con el mayor sigilo, se comenzó á poner en planta la realización de la idea. Dictáronse con el carácter de urgentes las órdenes necesarias á los Comandantes militares de los centros principales para que movilizaran sus fuerzas, y como queda dicho ya, oportunamente llegaron al Cuartel General las compañías de infantería de los Tuxtlas, Tesistepec y Cosamaloápam, mandadas por los Capitanes D. Rafael Carrero, D. José Limón y D. Francisco Basualdo, los artilleros de Tlacotalpam al mando del Teniente D. Valente Cruz, y los lanceros de San Juan Evangelista, de cuyo Jefe no recuerdo el nombre.

\* \* \*

Sólo una compañía de la Guardia Nacional de infantería de Tlacotalpam se resistió á concurrir al llamamiento del Cuartel General, mal aconsejada por el sargento primero, quien gozaba reputación de *valiente*, y al cual veían sus compañeros con cierto temor y recelo.

Larragoiti, con algunos de sus ayudantes, había marchado á Tlacotalpam para hacer que se cumplieran sus órdenes; y aun cuando la compañía disidente llegó á formar á la orilla del río, donde estaban ya dispuestas las embarcaciones que debían transportarla, se negó redondamente á embarcarse, instigada de nuevo por el referido sargento. Uno de los ayudantes, Capitán de caballería, de apellido Solís, enviado por Larragoiti para hacerse obedecer, no obtuvo mejor resultado.

Entónces marchó á su vez el Capitán X..... con ordenes terminantes para hacer que se embarcara á todo trance la compañía insurreccionada, porque aquel acto de rebeldía ponía en ridículo á la vez que rebajaba la autoridad del Jefe de la línea.

El referido Capitán llegó frente á la compañía, la cual se estaba *haciendo olas* delante de sus oficiales y del Jefe del cuerpo, todos noveles en el servicio de las armas é ignorantes de las leyes disciplinarias del ejército, y de multitud de gentes del pueblo que presenciaban aquello como quien asiste á un espectáculo público; y dando con segura entonación la voz de "firmes," esperó á que se restableciera el orden en las filas, como sucedió.

—¡Sargento H.....!—dijo dirigiéndose al promotor del escándalo.—¡Tres pasos al frente!

El sargento terció su arma marcialmente, dió los tres pasos, hizo alto, y tocó el portafusil. Era un hombre de arrogante continente que apenas contaría treinta y cinco años de edad.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALFONSO X